

TREKKING POR LA SELVA DE "EL PETÉN"

La Reserva de la Biosfera Maya de Guatemala alberga el mayor bosque tropical de Centroamérica, el cual comparte también con México y Belice. Esta área protegida no solo atesora una gran biodiversidad, sino que esconde en lo más profundo de la selva los restos de antiguas ciudades cuya historia duerme entre la densa vegetación. Esta es la crónica de una caminata de casi cien kilómetros a lo largo de cuatro días para visitar El Mirador, cuna de la civilización maya, y la mayor estructura jamás creada por esta civilización: la pirámide de La Danta.

TEXTO Y FOTOS



José María Torres
(Barakaldo, 1972)

Ingeniero industrial de profesión, inicia su afición a la montaña, como muchos jóvenes mendizales de la Margen Izquierda, con recorridos por los montes de Triano para descubrir posteriormente, de la mano del Club Alpino de Sestao, Picos de Europa y Pirineos. Ascender montañas recónditas en países alejados de los circuitos más visitados, le ha ido llevando a los techos de Ucrania, Albania, Kosovo, Bosnia, Islandia, Armenia, Suazilandia, Camerún, Rwanda, Omán o Irán entre otros.



La selva maya desde La Danta



La Muerta · FOTO: RICARDO HERNANI

Apenas una hora de vuelo separa la capital de Guatemala y Flores, capital del noroeste del departamento de El Petén, en cuyo aeropuerto nos está esperando Juan Carlos, de la Cooperativa Carmelita, con quienes hemos contactado para realizar el trekking. Una pareja de holandeses que lleva varias semanas viajando por México y Guatemala se unen a nuestro grupo y todos montamos en la furgoneta que nos acercará, tras dos horas de trayecto y una breve parada para registrarnos en el Parque Nacional, hasta la comunidad de Carmelita, lugar de inicio de la ruta. Aquí reorganizamos nuestro equipaje, quedándonos solamente con una pequeña mochila individual, con lo más imprescindible, mientras que el resto de bultos y la comida las cargamos a lomos de las mulas que irán por delante de nosotros junto con Marcos, el arriero, y Kelly, la cocinera. El equipo lo completan nuestros guías Luis y Ronald, que fue chiclero en el bosque durante años hasta que el negocio de la extracción de resina dejó de ser rentable debido a la globalización.

Pronto dejamos atrás las últimas casas de esta pequeña población, por donde andan con libertad gallinas y cochinos (nombre que recibe el cerdo en Guatemala...), para superar una torre-cisterna y adentrarnos en el bosque por una pista que señala el inicio de la ruta hacia El Mirador. La temporada de lluvias acaba de terminar y en estos primeros kilómetros el camino se encuentra aún bastante embarrado, lo cual nos obliga a buscar continuamente senderos alternativos que no evitan, sin embargo, que un lodo pegadizo dificulte nuestro avance. A pesar de ello, el ritmo que marca Luis es bastante alto y pronto nuestra ropa empieza a empaparse debido a la elevada humedad ambiental. Vamos sumando de esta forma kilómetros con rapidez por un terreno sin apenas desnivel, realizando esporádicamente alguna breve parada cuando alguno de nuestros guías reclama nuestra atención sobre detalles que solo sus expertos conocimientos y entrenados ojos son capaces de ver en esta densa jungla. Así, Ronald nos ayuda a reconocer el chicozapote, por cuyo tronco

trepaba en sus días de chiclero para hacerlo sangrar y así obtener la preciada goma; o la palma de Xate, exportada a Holanda para ser





La Muerta · FOTO: RICARDO HERNANI

utilizada en la confección de adornos florales; o el árbol del Ramón, cuyas hojas sirven de alimento a las mulas, y de cuyas frutas se obtiene una semilla ancestral ya utilizada hace siglos por los mayas con la que elaboran una harina que sirve para preparar galletas o tortitas. Estos pequeños altos en el camino serán siempre de corta duración puesto que pronto nos vemos rodeados de cientos de mosquitos que nos hostigan y obligan a reanudar la marcha rápidamente...

Tras haber completado los primeros 12 kilómetros de marcha alcanzamos el área de El Guacute, un pequeño claro en la selva con unos bancos de madera donde nos están esperando Marcos y Kelly para ofrecernos un sándwich y un zumo para recuperar fuerzas. Tras este corto descanso nos ponemos de nuevo en marcha, manteniendo siempre rumbo norte-noreste, subiendo y descendiendo en ocasiones pequeñas colinas que apenas suponen pequeños cambios de desnivel en esta meseta que se mantiene prácticamente llana a unos 200 m s.n.m. La senda que seguimos sigue el trazado de la antigua calzada maya o *sacbé*, y empezamos a descubrir algunos vestigios como los denominados *chultunes*, aljibes subterráneos usados para recoger agua durante la época de lluvias y, en ocasiones, también para almacenar el maíz. Continuamos la marcha

hasta la entrada de El Tintal, a 19 km desde Carmelita, una de las principales ciudades mayas del Preclásico Tardío (200 aC - 250 dC) que se caracterizó por disponer de un enorme foso artificial que rodeaba la acrópolis principal y que, además de funciones defensivas, garantizaba el abastecimiento de agua durante todo el año gracias a una compleja red de canales. La relevancia de esta urbe queda no solo reflejada en sus numerosos edificios y pirámides hoy totalmente cubiertas por la vegetación, sino también queda manifiesta por la existencia antaño de una cancha de pelota, en cuyo centro hoy se encuentra una majestuosa ceiba, árbol sagrado de la cosmogonía maya. Antes de retirarnos al campamento, subimos a la cercana pirámide de Henequén para ver el atardecer. Un grupo de pavos ocelados nos recibe cerca de la cumbre la cual, superando los árboles más altos, nos ofrece un inolvidable ocaso sobre el infinito océano verde que nos rodea, y sobre el que emerge en la distancia, como una diminuta isla, la cúspide de La Danta.

La senda que seguimos sigue el trazado de la antigua calzada maya o *sacbé*

Amanece en El Tintal tras una larga noche protagonizada por el concierto que caracteriza la vida nocturna en la selva, en especial por los atronadores rugidos de los monos aulladores que nos han sobrecogido en plena madrugada. Si sumamos además el asfixiante calor del interior de nuestra pequeña tienda, conciliar el sueño se presentaba como un auténtico reto. Un pizote (coati) merodea desde primera hora por el recinto en busca de alimento, indiferente a nuestro desvelo matinal. Aunque partimos muy temprano para afrontar esta segunda etapa que nos llevará hasta la ciudad de El Mirador, pronto empieza a subir la temperatura y la humedad, que nos empapará de nuevo de sudor durante toda la jornada. Tras caminar unos 6 km alcanzamos la zona conocida como El Arroyón, en cuyas inmediaciones hay un pequeño puente colgante donde haremos una breve parada para sacar las fotos de rigor. La opresión que produce caminar durante horas por la selva, sin referencias que nos permitan situarnos, el desgaste que produce el calor pegajoso y los kilómetros que ya acumulan nuestras piernas van haciendo mella, así que agradecemos las paradas que hacemos en el área El Zopompero (km 10) y El Jabalí (km 15). En este último punto hay una construcción de madera ocupada permanentemente por

los guardas forestales y donde deberemos dejar registro de nuestro paso. No somos los únicos que aprovechamos la parada para tomar un breve almuerzo; un zorro cruzará delante de nosotros..., para regresar unos minutos después con un murciélago en su boca. Tendremos que avanzar otros 7 km más para llegar al área de La Muerta, donde encontramos dos edificios mayas libres de vegetación sobre los que enormes árboles han extendido sus raíces aferrándose como tentáculos sobre las piedras. A través de una pequeña oquedad entramos con nuestras frontales en el interior de una de las pirámides, accediendo a gatas a través de un estrecho pasillo a las antiguas cámaras mortuorias en las que nos sobresaltan unas enormes arañas que habitan en la más absoluta oscuridad. Ronald nos explica que, a pesar de su tamaño no debemos tenerlas miedo, pero sí debemos cuidarnos de cualquier encuentro con la barba amarilla, un crótalo muy venenoso para el que cuenta, "para nuestra tranquilidad", con un antisuero basado en la hoja de la planta curarina... Aceleramos el paso en este último trecho de camino y respiramos aliviados cuando Luis nos anuncia que, tras 24 km de caminata desde El Tintal, por fin hemos llegado al enclave de El Mirador.

Debemos de cuidarnos de cualquier encuentro con la barba amarilla, para el que cuenta con un antisuero

Los dos días de marcha han pasado factura a nuestra joven compañera holandesa que, con un calzado inapropiado, ha llegado al campamento cojeando, con grandes ampollas en los pies y dolores en las rodillas. Nos encontramos a casi 45 km de Carmelita, y tenemos serias dudas de si será capaz de terminar el circuito que tenía previsto o si deberá desandar el camino a lomos de una de las mulas. Su novio opta por quedarse con ella en la tienda mientras nosotros decidimos salir a recorrer El Mirador, la mayor ciudad-estado maya de toda la región y capital del reino Kan durante el Preclásico Tardío. Las excavaciones, dirigidas por el arqueólogo estadounidense Richard Hansen se iniciaron a comienzos de los años 80, pero constituyen una auténtica labor titánica que avanza muy lentamente debido a su exclusiva financiación con fondos privados. La ciudad posee varios conjuntos monumentales sobre el que destaca especialmente la pirá-

mide de La Danta, la mayor edificación del mundo maya, con un volumen de construcción que supera al de la pirámide de Keops, y una altura de 76 m que empujea al templo del Gran Jaguar de Tikal y al Castillo de Chichen Itza, en México. Antes de que anochezca decidimos subir a El Tigre, una monumental pirámide que culmina sobre una plataforma que sostiene 3 edificios en forma de patrón triádico, uno central y otros dos laterales más pequeños que determinan en su conjunto una plaza ceremonial. Sentados en su punto más alto, que emerge por encima del arbolado, nuestra vista no es capaz de abarcar la inmensidad de la selva que nos rodea en todas las direcciones. Los pájaros se agitan emitiendo los últimos trinos del día, mientras la noche cae sobre los dominios del jaguar, Señor del Inframundo.

El tercer y cuarto día lo emplearemos para regresar por la misma ruta hacia Carmelita,

pero antes de emprender el camino de vuelta nos levantamos aún de noche para caminar los dos kilómetros que nos separan de la gran Danta, desde donde queremos contemplar el amanecer. Salimos del campamento agrupados, inmersos en una oscuridad total en la que brillan los ojos de cientos de arañas que inundan el borde del sendero cuando son iluminadas por nuestras frontales. El ascenso a las diferentes plataformas del complejo lo realizamos a través de diversos tramos de escaleras que nos acaban conduciendo hasta la última pirámide triádica sobre cuya cúspide se levanta un solitario árbol. Nos sentamos en silencio, intuyendo entre la penumbra las primeras luces del alba, hasta que emerge en el horizonte el dios sol Kinich Ahau cuyo perfecto disco anaranjado ilumina la inmensa selva maya. No olvidaremos nunca ese instante perfecto, ni el lugar donde nos encontramos.

Pirámide principal de La Danta

